

La Masonería como vehículo propagador del liberalismo político. El caso gallego

ALBERTO J. V. VALÍN FERNÁNDEZ
Universidad de Santiago de Compostela

I. LA MASONERÍA COMO ENTIDAD DIFUSORA DEL LIBERALISMO

Finalizando la tercera década del siglo XVIII, y una vez se asiente y fortalezca la recién creada masonería especulativa en la Inglaterra de los Hannover¹, el paso de aquella discreta sociedad al continente no se hará esperar².

1. Casa establecida en esta corona, como es sabido, por Jorge I en 1714, a raíz de lo contemplado en las cláusulas del Acta de Instauración, perdiendo entonces el partido jacobita, toda posibilidad de ver entronizado a su «Pretendiente», el católico Jacobo (III) Estuardo, a pesar de las dos intentonas de 1714 y 1745. La masonería, al parecer —y en esto seguimos a Alec Mellor—, no fue indiferente a esta serie de problemas políticos, siendo éstos, posiblemente, la causa de que se diesen en su seno los primeros cismas o desviaciones. De aquí la compleja, e históricamente oscura, polémica sobre el supuesto origen del rito escocés en los ambientes masónicos jacobitas. Cfr.: MELLOR, A. *La masonería*. Barcelona, AHR, 1968, pp. 269-279; *El secreto masónico*. Barcelona, AHR, 1968, pp. 94-129. Sobre las diferentes desviaciones que sufrió la masonería, durante el siglo XVIII, cfr.: FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería, Iglesia e Ilustración...* I. Madrid, F. U. E., 1983 (2.ª ed.), pp. 76-81.

2. Al parecer, y siguiendo las investigaciones realizadas por el profesor Ferrer, el primer paso continental (primeros pasos si incluimos también a la logia de Gibraltar) lo dio la moderna masonería inglesa en España, al fundarse, a iniciativa del desinhibido duque de Wharton, la logia intitulada *French Arms*, después *Three Flower de Luces* (sic), es decir, «*Las Tres Flores de Lys*», domiciliada en la madrileña calle de San Bernardo. «Taller» compuesto exclusivamente, por masones ingleses y que debió de tener, como el resto de la escasa masonería española del Dieciocho, una existencia efímera. Aunque, y sirviéndonos ahora de lo dicho por Mellor, presencia de masonería en el continente ya la tenemos —siempre según este autor— a mitad del siglo XVII (desde 1649)—, cuando, refiriéndose al país galo dice: «Después del regicidio de Carlos I, los estuardistas refugiados ya habían fundado en Francia varias logias militares, como la *Royal Irlandais* en Saint-Germain [...]. En 1688, por segunda vez, Saint Germain fue el santuario de la lealtad estuardista, y los emigrados leales se reagruparon allí en torno a Jacobo II. De ahí salió una nueva floración de logias militares escocesas e irlandesas, trasplante de logias anteriormente constituidas del otro lado del Canal de la Mancha y compuestas por masones aceptados». Cfr.: FERRER BENIMELI, J. A. *La masonería española en el siglo XVIII*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1974, pp. 48-69; MELLOR, A. *El secreto...* *Op. cit.*, p. 100.

Resulta lógico pensar que una asociación laica, humanista, de apoyo mutuo, con una amplia aureola de tolerancia religiosa e igualitarismo social³, y con el atractivo, además, de poseer un arcano, místico y nada exotérico secreto, cuajase rápidamente en cierto tipo de inquieto y curioso europeo del Dieciocho. Su candorosa y optimista exaltación de la amistad humana⁴; su preocupación —sino devoción— por la consecución de un fin primordialmente ético, interpretado, siempre, por medio de toda una serie de metafóricas construcciones ilustradas por significativas alegorías simbólicas; su mesurado hedonismo de sana admiración por la estética: ... Todo ello nos habla, constantemente, de la propia «poética» del Siglo de las Luces: el despertar ético y estético del hombre ante la razón y la naturaleza.

Por otro lado, tenemos una Europa en pleno cambio de estructuras económico-sociales. El siglo XVIII es, además de lo ya dicho anteriormente, el siglo de la revolución industrial inglesa, el nacimiento de la formación social del modo de producción capitalista de corte avanzado, de la ascensión, en suma, de una nueva clase social, la burguesía, con todo lo que esto conlleva a nivel de manifestaciones superestructurales como: la filosofía, la política, el arte, la religión, etc.

Según el profesor Chevallier, es en 1725 cuando tres exiliados políticos estuardistas procedentes, obviamente, de Gran Bretaña, fundan en la ciudad de París la primera logia masónica moderna de la historia de Francia. Se trata, al parecer, de la *Saint-Thomas au Louise d'Argent*⁵. En 1732

3. Sobre este tema, cfr.: FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería...* I. *Op. cit.*, p. 74. Ya fray Joseph Torrubia nos habla, en su célebre libro, de este igualitarismo social cuando dice: «Vemos concurrir en las logias de los francmasones grandes y pequeños, plebeyos y nobles, literatos [...]. Admitese también en dicha hermandad a la gente más soez, vil y baja de la república. Ya por esta mezcla los aborrecen y aboniman los franceses, no acomodándose su genial pundonor al comercio íntimo y familiar que los francmasones cultivan con la canalla y ruin plebe». *Vid.*: TORRUBIA, J. *Centinelas contra Francs-massones, Discurso sobre su Origen, Instituto, Secreto, y Juramento. Descúbrense la Cifra con que se escriben, y las acciones, señales, y palabras, con que se conocen*. Madrid, Imprenta de Agustín de Gordejuela y Sierra, 1752, hojas 66 y 68 (obra no paginada).

4. Quizá sea ésta la *primordia rerum* del místico ideario masónico: la proclamación universal de la hermandad humana, anteponiéndola siempre a cualquier otra cosa. Reflejo de la misma, lo encontramos en numerosas obras tanto científicas como artísticas. Valgan, como ejemplos de estas últimas, trabajos novelísticos como los de Rudyard Kipling, y musicales como los de Franz Joseph Haydn, o, sobre todo, los de su amigo y «hermano» Wolfgang Amadeus Mozart con sus Canciones masónicas como su último canto, el titulado *el Elogio de la Amistad* (K. 623), su *Maurerische Trauermusik* (Música Fúnebre Masónica, K. 477), además de su antológica y postrera ópera *Die Zauberflöte* (*La Flauta Mágica*), hermosísima alegoría masónica llena de aquella infantil candidez que tanto sobresalía en la personalidad de su autor. Sin olvidar, por último, la paradigmática oda *An die Freude* (*A la Alegría*, originalmente *An die Freiheit: A la Libertad*), escrita por el poeta y masón alemán Friedrich von Schiller en 1785 y musicada —valga el neologismo—, ya en 1823-4, por Ludwig van Beethoven en su famosa y también postrera gran obra, la célebre *Sinfonía Coral* (Sinfonía n.º 9 en re menor). Cfr.: VV. AA. *Historia General de la Música*. 3, Madrid, Istmo, 1979, p. 106; SANDVED, K. B. *El mundo de la Música. Guía musical*. Madrid, Espasa-Calpe, 1962, pp. 2.319-2.329; COTTE, R. «La música masónica», en *Historia* 16, Extra IV, Madrid, noviembre 1977, pp. 119-128; VV. AA. *Diccionario Enciclopédico de la Masonería*. Méjico, Valle de México, 1977, pp. 848-857. Sobre este último tema, *vid.*, también: FERRER BENIMELI, J. A. *Bibliografía de la masonería. Introducción histórico-crítica*. Madrid, F. U. E., 1978, p. 59.

obtiene este «taller» la regularidad por parte de la Gran Logia de Inglaterra y cuando años más tarde, es decir, en 1736, existiendo ya cuatro logias en París, se elige como Gran Maestro del Reino de Francia a Lord Derwentwater (Charles Radcliffe)⁶.

A imitación, en cierta forma, de los pasos que había dado la historia de la confraternidad en Inglaterra, la francesa también tendrá a su teórico para confeccionar una declaración doctrinal, ésta, eso sí, más propagandística que programática⁷. Se trata del estuardista escocés, naturalizado en Francia, Michel-André de Ramsay y su célebre *Discours* de fecha 1737. Esta particular exposición de principios e intenciones masónicas, nació con muy buen pie para su publicidad: fue prohibida su lectura por el primer ministro, el cardenal Fleury. El texto, a pesar de rezumar vaguedad, oportunismo y excesiva lisonja, tiene su correspondiente porción de relevante transcendencia, tanto para la propia historia de la masonería como para la historia de las ideas. Su transcripción íntegra nos la ofrece, traducida al español, el libro de Alec Mellor *La masonería*, y en ella encontramos fragmentos realmente interesantes como aquel magnífico ejemplo de cosmopolitismo, cuando declara Ramsay que: «El Mundo entero no es más que una gran República, de la cual cada Nación es una familia y cada Particular, un Hijo»⁸. O aquel otro alegato de filantropía y amor a la ciencia, y esta vez seguimos la traducción que nos brinda la *Historia de las Ideas políticas* de Jean Touchard, diciendo: «Queremos

5. CHEVALLIER, P. «La masonería francesa del siglo XVIII al XX», en *Historia* 16, *op. cit.*, p. 102. En relación a este tema Alec Mellor ofrece, además de una advertencia sobre la problemática encerrada en la difícil historicidad de los primeros grandes maestros franceses y un estudio historiográfico sobre la compleja cuestión de estos oscuros años de la historia de la francmasonería francesa, una versión en cierta forma distinta de la que nos da Chevallier. Claro ejemplo de ésto lo tenemos, siempre y cuando no se trate de un error de traducción o de estilo, en el mismo hecho de entender Mellor como dos logias distintas lo que el autor de *Les Ducs sous l'Acacia* da como una, cuando dice: «La logia más importante era la logia *Saint-Thomas*, [...]. En la logia del *Louis d'Argent* como en la de *Bussi-Aumont*, ...» Cfr.: MELLOR, A. *La desconocida Franc-Masonería cristiana*. Barcelona, AHR, 1977, p. 111. Otra diferencia entre ambos autores estriba en la elección de la cronología exacta para datar la fundación de la primera logia moderna francesa (la *Saint Thomas*), al inclinarse más, Mellor, por el año 1726. Cfr.: MELLOR, A. *La masonería*. *Op. cit.* p. 275; FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería...* I, *Op. cit.* pp. 123-144. *Vid.* también: JARDIN, A. *Histoire du Libéralisme politique. De la crise de l'absolutisme à la Constitution de 1875*. (Hachette, París), 1985. pp. 66-67. La solución a este problema historiográfico sobre los albores de la historia de la francmasonería gala, parece ofrecerla con claridad Alain Le Bihan en su trabajo «Les premiers pas (1725-1771)». *Vide.* VV. AA. *Histoire des Francs-maçons en France*. Toulouse, Privat, 1987, p. 30.

6. Sobre la vida de Charles Radcliffe, *vid.* MELLOR, A. *La desconocida...* *Op. cit.*, pp. 116-129, 157-192.

7. Hay que señalar que las *Constitutions* de Anderson —como nos dice Mellor—, atravesaron muy pronto el canal de la Mancha siendo objeto de varias traducciones al francés, una de ellas, la de 1735, sobresale entre todas por su indudable valor histórico, al haber variado, sustancialmente, ciertas partes del contenido de la obra original. Al suavizar, por ejemplo, su aséptico y admirable deísmo, trocándolo por un «partidista» cristianismo más adaptado —entiéndase: más «vendible»—, lógicamente, a la mentalidad de la Europa continental del momento. Cfr.: MELLOR, A. *La desconocida...*, *Op. cit.*, pp. 85-95.

8. MELLOR, A. *La masonería*. *Op. cit.*, p. 281.

reunir a todos los hombres de pensamiento ilustrado, de apacibles costumbres y de humor agradable, no sólo mediante el amor por las Bellas Artes, sino también mediante los grandes principios de virtud, de ciencia y de religión, en los que el interés de la Confraternidad se convierte en el del género humano, de los que todas las naciones pueden extraer sólidos conocimientos y en los que todos los reinos pueden aprender a quererse mutuamente, sin renunciar a su patria»⁹.

A partir de estos momentos y a pesar de alguna que otra persecución policial y de las «suaves» consecuencias de las consabidas condenas pontificias¹⁰, la francmasonería francesa gozará de un desarrollo enorme, alimentándose para ello, sociológicamente —como nos dice André Jardin—, «...des grands seigneurs (il y a une loge dans les appartements du roi), des parlementaires, de la noblesse de second plan, des clercs, surtout réguliers, de riches bourgeois, propriétaires, banquiers, négociants, des hommes de loi, des gens de métier»¹¹. Si bien hay que señalar, como sigue diciendo el autor de la *Histoire du libéralisme politique* que a pesar de aquella igualitaria fraternidad de la que tanto alardeaba su ideario, el clasismo fue una constante y latente particularidad en estas primeras logias francesas, la demostración de todo ello la encuentra el historiador al no hallar, fácilmente, «talleres» con «cuadros lógicos» donde se mezclen estas distintas clases o estamentos de la sociedad del *Ancien Régime*, además de conocer el hecho de que esta masonería partía del tácito pre-

9. TOUCHARD, J. *Historia de las Ideas Políticas*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 303.

10. A pesar de que el Siglo de las Luces es la centuria que ve nacer y desarrollarse a la masonería moderna, el Dieciocho resultó también para ella, como dice el profesor Ferrer Benimeli, «...un período de zozobra y persecución; fueron pocos los gobiernos o Estados que no se ocuparon de los francmasones y prohibieron sus reuniones». El mismo masonólogo aragonés continúa diciéndonos, siguiendo las *Acta Latomorum*, que la primera prohibición contra la orden del Gran Arquitecto del Universo, parte de los Estados Generales de Holanda cuando publican su edicto de prohibición de 30 de noviembre de 1735. A esta proscripción le siguieron, entre otras de menor importancia o de difícil historicidad, la prohibición del consejo del cantón de Ginebra en 1737, y, en este mismo año, las que llevaron a cabo, por un lado la policía de París (a tenor seguramente, del receloso primer ministro, el cardenal Fleury, como ya hemos visto más arriba, cuando prohibió la lectura del *Discurso* de Ramsay), y, por otro, la realizada por el elector Karl Philipp en el Palatinado, con la publicación de su decreto de 21 de octubre de 1737. Sobre este tema, cfr.: FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería...* I, *Op. cit.*, pp. 109-146. Hasta aquí, como hemos visto, las persecuciones fueron todas laicas en su origen, las religiosas o más bien católicas, aparecieron en la historia un año después, sobre sus antecedentes remitimos al lector a la obra citada del profesor Ferrer (cfr.: *Ibidem*, pp. 147-178). La primera condena pontificia fue la denominada —en base a como principiaba su texto— *In eminenti Apostolatus Specula*, del papa Clemente XII, canon legislativo que siguieron sus sucesores en el pontificado romano a la hora de condenar esta sociedad secreta. Le siguió, ya en 1751, la Constitución Apostólica *Providas Romanorum Pontificum* de Benedicto XIV. En relación a esta cuestión, cfr.: MELLOR, A. *El secreto...* *Op. cit.*, pp. 131-147, 163-219; FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería...* I *Op. cit.*, pp. 179-236. De este último autor *vid.*, también: *La masonería española...* *Op. cit.*, pp. 70-164. Sobre la suavidad o permisividad que manifestaron las autoridades francesas con la masonería a lo largo del siglo XVIII, cfr.: MELLOR, A. *El secreto...*, *Op. cit.*, pp. 197-208; JARDIN, A. *Histoire...* *Op. cit.*, pp. 66-67.

11. «... de grandes señores (había una logia en las habitaciones del rey), de parlamentarios, de la nobleza de segundo plano, de clérigos, sobre todo regulares, de ricos burgueses, propietarios, banqueros, negociantes, de hombres de toga, de gentes de oficio». Cfr.: JARDIN, A. *Histoire...* *Op. cit.*, p. 67. *Vide*, también: VV. AA. *Histoire des Francs-maçons...* *Op. cit.*, pp. 103-113.

supuesto de no aceptar en sus cuadros a gentes de condición social demasiado baja¹².

En la actualidad, son muchos los historiadores que, salvando los absurdos prejuicios nacidos a tenor del libro de Barruel y de lo que éste ocasionó¹³, coinciden en otorgarle a dicha asociación una importante —sino relevante— función como entidad difusora del pensamiento ilustrado y, por ende, del mismo liberalismo; no ya a tenor de aquella fácil y peregrina teoría de que la mayor parte de los grandes autores del Siglo de las Luces fueron masones¹⁴, sino a partir de las mismas logias, sobre todo —y esto en el estudiado caso francés— las ubicadas en provincias.

Así, por ejemplo, Jean Touchard resalta, entre otros medios de divulgación o propaganda ideológica como las gacetas, enciclopedias, cafés y salones, la función desempeñada por la francmasonería¹⁵. André Jardin, siguiendo en cierta forma los postulados del anterior, amplía la relación de aquellos órganos de difusión con los clubes y las academias, volviendo a incidir en el hecho de hacer sobresalir, de entre todos ellos, a la orden francmasónica como uno de los elementos de mayor influencia¹⁶, además de dejar aclarada —como también hace Touchard— su realidad histórica como sociedad políticamente leal a la monarquía francesa y fuera de toda tentativa conspiradora¹⁷.

Abundando un poco en esta cuestión de la teoría conspiradora o del «complot masónico», entendiéndolo a la orden del Gran Arquitecto del Universo como oculto y maquiavélico factotum de la Revolución Francesa,

12. JARDIN, A. *Histoire... Op. cit.* Claro ejemplo de este soterrado clasismo lo tenemos en la figura del «hermano sirviente». Cfr. VV. AA. *Diccionario... III, Op. cit.*, p. 1.840; FERRER BENIMELI, J. A. «La masonería bonapartista en Cataluña», en *Estudios en homenaje al Dr. Eugenio Frutos Cortés*, Zaragoza, Facultad de F. y Letras, Universidad de Zaragoza, 1977, p. 144. *Vid.* también: VV. AA. *Histoire des Francs-maçons... Op. cit.*, pp. 114-116.

13. Inaugurando este ex-jesuita francés, en cierta forma si olvidamos trabajos como el de fray Joseph Torrubia, y, sobre todo, los de Lefranc, John Robinson y Cadet de Gassicourt, lo que se vino en llamar la escuela historiográfica antimasonónica, con su libro *Mémoires pour servir à l'histoire du Jacobinisme* (4 vol. Londres, Ph. Le Boussonnier, 1797), del cual se hicieron innumerables ediciones, reimpresiones, resúmenes, etc. (Londres, 1797, 1797-98, 1798-99; Dublin, 1798; Hamburgo, 1798-99; Venecia, 1799-1800; Villafranca del Bierzo, 1812; Mallorca, 1813-14; Santiago de Compostela, 1814; etc.; etc.). Debemos aclarar asimismo que el abate Agustín Barruel, escribe su obra exiliado en Inglaterra a consecuencia de la Revolución gala, salvando de su célebre idea complotista-revolucionaria a la francmasonería inglesa. CLAVEL, F. T. B. *Historia de la francmasonería*. Madrid, El Museo Universal, 1984, pp. 104 y ss.; VV. AA. *Diccionario... I Op. cit.*, p. 171; FERRER BENIMELI, J. A. *Masonería, ... I. Op. cit.*, pp. 80, 104; *Idem.* III. *Institucionalización del conflicto (1751-1800)*, pp. 308-309, 673-675; *Idem.* *Bibliografía... Op. cit.*, pp. 41-42, 168-169, 351-359; TOUCHARD, J. *Op. cit.*, p. 303; JARDIN, A. *Op. cit.*, pp. 68-70; KENNEDY, M. L. *The Jacobin Clubs in the French Revolution. The First Years*. Princeton, Princeton University Press, 1982, pp. 5-6. *Vid.*, también: GERARD, A. *Mitos de la Revolución Francesa*. Barcelona, Península, 1973, pp. 30-32.

14. Teoría ésta que aún parece acariciar el profesor Touchard, cfr.: TOUCHARD, J. *Op. cit.*, p. 303. Un trabajo esclarecedor sobre el problema encerrado a tenor de esta idea, lo tenemos en: FERRER BENIMELI, J. A. «El francmasón entre la Ilustración y el iluminismo» en *Homenaje a Pedro Sainz Rodríguez*. Tomo III: Estudios Históricos, Madrid, F. U. E., 1986, pp. 235-256.

15. TOUCHARD, J. *Op. cit.*, p. 303.

16. JARDIN, A. *Op. cit.*, pp. 59-74.

17. *Ibid.*, p. 67.

hay que destacar el trabajo de Michael L. Kennedy, *The Jacobin Clubs in the French Revolution*, monografía ésta que, por su valor de esclarecimiento en lo que atañe al campo correspondiente al estudio de los clubes jacobinos, y la posible influencia de las logias masónicas en los mismos, nos muestra el absurdo de aquella suposición como él mismo aclara —apoyándose en la tesis de Rostaing—, cuando, refiriéndose al presente, dice que «...only the most imaginative minds could describe the masons as conspirators who established the clubs as part of a grand desing to subvert the Church and the Monarchy»¹⁸. Reconociendo a la vez que sí existieron ciertas intercomunicaciones, concomitancias o posibles imbricaciones —siempre de escasa envergadura— entre algunas logias y ciertos clubes sobre todo en provincias, como fue el caso del club de Le Mans entre otros¹⁹, además de recordar la innegable influencia del lenguaje masónico en los textos jacobinos como: «hermano», «templo», «abrazo fraterno», «bola negra»,...²⁰.

II. GALICIA Y LA MASONERIA

La historia de la masonería gallega del Diecinueve, es la historia de una elite social bastante bien definida. Decimos elite y no nos equivocamos a la hora de haber escogido semejante vocablo, porque en un mundo demográfico, social y económico, plenamente campesino como el gallego del siglo pasado, la microzona correspondiente a la burguesía, pequeña burguesía, y proletario-artesano, no deja de ser una auténtica minoría selecta, y hasta exótica, en un macrocosmos de rusticidad e incultura —o subcultura si se prefiere—, en el que el analfabetismo, la superstición y las resabiadas y serviles posturas de un mundo labriego, atenazado entre la omnímoda influencia de los clérigos y la coercitiva y explotadora férula caciquil, va a ser el triste marco que haga resaltar un paupérrimo y bucólico cuadro costumbrista de la sociedad de *Ancien Régime*.

Será una historia hecha por un total aproximado de mil trescientas personas²¹, que, a su vez, formarán dentro de aquella elite «urbanizada» de la que hemos hablado más arriba, otra *élite* sin duda especial, caracterizada entre otras cosas por una estructura muy particular de pensamiento que, a vuela pluma, podríamos ubicar entre un radical y concienciado ideario liberal, y una deística cosmogonía con simbólicos ribetes de auténtico gnosticismo y de la más alambicada *cabbalah* judaica.

18. «... sólo las mentes mas imaginativas podrían describir a los masones como conspiradores que establecieron los clubes [jacobinos] como parte de un gran plan para subvertir a la Iglesia y a la Monarquía». Cfr.: KENNEDY, M. L. *Op. cit.*, p. 5.

19. *Ibid.*, p. 6.

20. *Ibid.*

21. Algo así como el 0,5 o el 0,6 por mil de la población gallega del final de siglo.

¿Cuáles son los motivos que indujeron a esos trece centenares de personas, de toda laya y nación, pero afincados en Galicia, a dejarse iniciar en los místicos secretos del hiramismo?

Dar respuesta a este lógico y natural interrogante es labor harto difícil y complicada, si bien no por ello vamos a dejar de intentarlo aquí. Es muy probable que las variables más frecuentes a conjugar en este proceso conductista del neófito gallego del Diecinueve²², para solicitar —demostrando con ello tener un resaltado valor o desapego por las adoc-trinadas enseñanzas religiosas recibidas en la infancia— la descomulgante iniciación francmasónica, sean, entre otras quizás de menor envergadura, las siguientes: el secretismo y elitismo de esta institución, es decir, la sugerente curiosidad ante algo tan «guardado» y el correspondiente y agradable sentimiento de saberse un hombre en cierta forma privilegiado, «uno entre mil»; la prosaica persecución de un lucro material, al buscar en la masonería, tanto el internacional apoyo de su famosa solidaridad fraternalista (marinos, agentes de negocios, viajantes comerciales,...) como el conocido amparo —a nivel de sociedad de socorro recíproco— que, a guisa de privada «seguridad social», podía ejercer entre los «hermanos» de extracción social menos favorecida; el particular sentimiento personal, familiar o ambiental, de cumplir «tradicionalmente» con el rito de hacerse iniciar por aquello de ser un convencido «liberal»; el logrero y repugnante —aunque humano— interés personal de poder medrar a costa de las apodícticas y sectarias influencias que determinado tipo de «masonerías» gozaron, debido a su estrecha interrelación con ciertos centros de poder político; la cuasi estética postura ideológica de entender el hecho de ser masón como una beligerante declaración de guerra anticlerical o anticatólica (como pudieron ser los casos de los «hermanos» *Ferreti*, *Luzbel*, *Mefistófeles*, *Nerón*,...); la esotérica búsqueda del perfeccionamiento interior que el acendrado gnosticismo de esta asociación poseyó siempre; el aburguesado y mediocre gusto por intentar llenar un anodino y tedioso cotidiano de *bon bourgeois* con la semanal y «recreativa» tenida, la falsa importancia emanada de la posesión de un costoso alto grado, y el pueril afán de ser propietario de una rimbombante sarta de insignias, emblemáticos uniformes, y altisonantes y pseudoaristocráticos títulos²³; etc.; etc.; etc.

Remedando ahora lo ya dicho por Pierre Chevallier cuando, refiriéndose a la masonería decimonónica francesa, denominó a ésta *missionnaire du libéralisme*, abundaremos en el tema de que no albergamos ningún tipo de duda sobre el relevante hecho histórico referente a que

22. Y, en realidad, también del neófito del resto de España.

23. Como: Caballero de Oriente, Príncipe de Jerusalén, Caballero de Oriente y Occidente, Príncipe del Líbano, Caballero de la Serpiente de Bronce, Caballero del Sol, Caballero Kadosch, Sublime Príncipe del Real Secreto, Soberano Gran Inspector General,...

aquellos mil trescientos masones de Galicia a los que hemos hecho anteriormente referencia, fueron en su totalidad auténticos apóstoles de las nuevas estructuras de pensamiento imperantes en su siglo: desde los sobresalientes casos de conocidos intelectuales como el rusioniano Pedro Alejandro Auber, o el hegeliano Indalecio Armesto, a los ya no tan celebrados ejemplos de tantos y tantos volterianos, krausistas, proudhonianos, marxistas, bakuninistas, etcétera, etcétera, etcétera. Puros y combativos misioneros de las utopías de su presente, y que, más o menos póstumamente, su futuro irá plasmando en auténticas realidades históricas por aquel inexorable y hermoso axioma de que: «La utopía de hoy es la realidad del mañana». Ilusionados e inquietos hombres del siglo de Auguste Comte y Karl Marx que tratarán de desarrollar, allí donde estuvieren, su pedagógica prédica, en aras de crear y consolidar un determinado y trascendental tipo de opinión y pensamiento.

III. LA FRANCMASONERIA GALLEGA, APODICTICO ORGANO IRRADIADOR DEL LIBERALISMO POLITICO

Como ya hemos dicho en el primer apartado de esta comunicación, una de las grandes labores llevadas a cabo por la masonería especulativa en la Europa continental, fue la de divulgar las concepciones ideológicas básicas de esta corriente de pensamiento que, desde la primera mitad del siglo pasado, se ha venido en llamar liberalismo.

Siendo en sus orígenes una típica sociedad privada masculina de muy buen tono, compuesta mayoritariamente por una porción de aquellas pragmáticas e industriosas aristocracia y alta burguesía anglosajonas, y habiendo nacido oficialmente en una recién unificada Gran Bretaña que, en lo tocante a Inglaterra, había conocido ya la guerra civil, la revolucionaria ejecución de un rey, un particular régimen republicano, la *Glorious Revolution* con su *Declaration of Rights*, etc., etc., etc., ideológicamente la *Free-Masonry* no era más que un digno y legítimo producto de aquella paradigmática situación política de monarquía constitucional, parlamentarismo moderno y hondo sentimiento o espíritu de tolerancia, que gozaba el país donde había nacido en tiempo de sus primeros monarcas de la casa de Hannover.

Por ello, y una vez se instalen y propaguen sus logias por el resto de la absolutista Europa continental, no pasará mucho tiempo en que esta extraña y secreta sociedad sea perseguida y anatematizada, como ya hemos visto.

Sobre este tenor y en lo que respecta a ese pequeño y esquinado país atlántico que es Galicia, no hay duda alguna de que la francmasonería, tan pronto se establezca en su geografía, va a ser para ella un influyente y hasta poderoso foco irradiador del liberalismo político del momento.

Tanto su primera logia —la *Logia Constitucional de la Reunión Española*— como su sucesora —la *Los Amigos del Orden*—, van a ser los centros de reunión ideales para una gran parte de aquel amalgamado colectivo de militares, negociantes, funcionarios y artesanos afincados en Galicia, sustentador de la vindicación política para aquella depauperada España de postguerra, del advenimiento de una de las dos formas de gobierno prototípicas de esta ideología: la república de corte moderno y la monarquía constitucional. En este caso específico, como ya es sabido, será la segunda de estas vías la preferida por este selecto y concienciado grupo social²⁴.

Más tarde, en el transcurso de la otra etapa de esta historia decimonónica, la ideología política de los elementos de la masonería gallega irá ampliando su coloreado espectro de posibilidades y posturas, siguiendo, obviamente, el decurso general del complejo movimiento político español. Encontraremos entonces entre ese multivariado mapa político del Sexenio y de la Restauración, desde destacados —y siempre respetados por el resto de sus «hermanos»— viejos militantes del Partido Progresista, partidarios ahora de una monarquía constitucional, no borbónica, de sufragio universal masculino —como sustentaba, por ejemplo, aquel conspicuo y barbudo decano de la masonería española del Diecinueve, Juan Montero Tellinge—, hasta convencidos y radicalizados republicanos como los célebres: Francisco Suárez y García, Federico Tapia y Segade, José Sánchez Villamarín, Segundo Moreno Barcia, etc., etc., etc. Sin olvidar, por último y ya en tiempos de la Restauración Alfonsina, a algún que otro epígono caciquil de aquella reconvertida y camaleónica izquierda dinástica, y a una pequeña aunque granada zona del primigenio obrerismo marxista y libertario de Galicia.

Varias son las lecturas que se nos pueden presentar en este estudio, en parte recapitulatorio de nuestra tesis doctoral, en cuanto a la pulsación ideológica que debieron de tener esos mil trescientos masones que conforman con sus hechos esa historia. De todas ellas, la visión general más fidedigna, obtenida una vez hemos contrastado y valorado los datos que poseemos sobre este ámbito —fundamentalmente las no muy abundantes adscripciones políticas comprobadas, las diferentes elecciones de nombre simbólico con clara influencia ideológica o política, y la correspondiente interpretación del variado y abundante discurso masónico conservado—, es la de que, mayoritariamente, estos francmasones fueron convencidos y combativos republicanos, con las consabidas posturas divergentes y con-

24. Sobre este tenor, *vid.* VALÍN FERNÁNDEZ, A. J. V. *La Masonería y La Coruña. Introducción a la historia de la masonería gallega*. Vigo (Pontevedra), Edicións Xerais de Galicia, 1984, pp. 29-69; *Idem.* «Masonería y movimiento liberal en la sublevación coruñesa de 1820, en apoyo del pronunciamiento de Rafael del Riego», en *Ejército, pueblo y Constitución. Homenaje al General Rafael del Riego. Actas del Coloquio Internacional...* (Anexos de la Revista *Trienio*). Madrid, 1987, pp. 157-179.

vergentes que este pensamiento político sufrió o gozó a tenor de su mitificado 1873. Por ejemplo, podemos afirmar —sin miedo alguno a equivocarnos— que la masonería gallega de la última década del siglo es aplastantemente zorrillista, teniendo a este líder del republicanismo purista o irreductible, como supremo santón de su particular y policromado retable.

En lo que respecta al estudio comparativo que hemos realizado a nivel de las diversas elecciones de nombre simbólico, efectuadas por los mil siete francmasones de los cuales poseemos esta interesante información (el 77 por cien del total de masones conocido de la historia gallega del Diecinueve), comprobamos cómo después del gran apartado tipológico correspondiente a los sobrenombres de índole clásica —filosófica²⁵, política²⁶, y mitológica²⁷— e histórica en general hasta la Edad Moderna inclusive²⁸, viene en importancia el relacionado con los grandes ideólogos, políticos, revolucionarios y librepensadores laicistas²⁹, tanto universales como nacionales, del amplio horizonte del liberalismo, como: *Riego, Garibaldi, Voltaire, Prim, Víctor Hugo, Robespierre, Gambetta, Villacampa, Danton, Ruiz Zorrilla, García Vao, Espartero, Marat*, etcétera. Elecciones éstas profundamente sintomáticas del preferente pálpito jacobino o cripto-jacobino, poseído por el sector radicalizadamente consecuente de la pequeña burguesía provinciana del fin de siglo español.

Después de este macrogrupo, vienen ya los que rondan solamente el medio centenar de «simbólicos», siendo el primero de ellos el que hemos catalogado con la denominación de «nombres o principios abstractos», como: *Caridad, Fraternidad, Constancia, República, Justicia, Fe, Paz, Esperanza, Moralidad*, etc. Siguiéndole a éste viene el perteneciente a los alias masónicos de origen toponímico: *España, Cádiz, Trubia, Plasencia, Galicia*, etc. Siendo ya el penúltimo de los grupos desglosados, el que tipológicamente designamos «de clara influencia bíblica», dominando en él con suma holgura los «simbólicos» extraídos del Antiguo Testamento, como: *Salomón, Hiram, Moisés, Sara, Samuel*, ... Por último, tenemos el apartado de «varios» en el que incluimos los nombres simbólicos de difícil o dudosa clasificación, como: *Balbina, Gabriel, Canto, Franco, Cornelio*, o el excepcional —por romper la norma general de no poder elegir nombres de santos— de *San Fernando*.

25. *Platón, Pitágoras, Aristóteles, Séneca*, ...

26. *Pericles, Licurgo, Solón, Mario, Cayo Graco, Nerón*,... «Simbólicos» éstos de honda transcendencia ideológica o política en los masones que los eligieron. El chocante caso de los dos *Nerón* conocidos es posible síntoma de furibundia anticlerical, llevada quizás a su máxima potencia, trocando ya el anticlericalismo por un generalizador y visceral anticristianismo al finisecular estilo de un librepensador como Friedrich Nietzsche.

27. *Minerva, Hércules, Mercurio, Ceres, Vulcano, Neptuno*,...

28. *Colón, Galileo, Viriato, Aníbal, Cervantes, Padilla, Bravo, Maldonado, Villalar, Lutero, Calvino, Zuinglio*, ...

29. La mayoría de ellos reputados internacionalmente como importantes masones.

Entendamos entonces a la masonería como una entidad más de aquellas que sirvieron para difundir los presupuestos ideológicos, políticos y, por ende, económicos del liberalismo, como las gacetas, las enciclopedias, los salones, los cafés, los clubes políticos, algunas Sociedades de Amigos del País, y, por qué no, ciertas reboticas. Pero no olvidemos jamás las tres grandes salvedades que la distinguen y distancian de todas ellas: su estabilidad espacial y temporal como institución internacional, con una consciente y declarada vocación por perdurar indefinidamente; la posesión de unos principios cosmogónicos y deontológicos elevadamente espirituales —siguiendo lejanamente lo que podríamos entender como una particular forma de entender la filosofía hegeliana—, traduciendo a su simbólico y jeroglífico lenguaje, el despierto y crítico humanismo de un Erasmo, y el «luminoso» y práctico humanitarismo del siglo Dieciocho; y, por último, su apodíctica y sobresaliente labor didáctica, tanto política como estrictamente cultural, realizada dentro del ámbito de las clases inferiores u oprimidas de las distintas sociedades donde se estableció, funcionando en ocasiones como antonomástico basamento, utilizable para cualquier tipo de adaptación o reforma, cara a poder sustentar las más variadas armazones o estructuras ideológicas, políticas o societarias del mundo contemporáneo.